



Caminos de convergencia

AÑO IV

Marzo de 2010

Nº 21

CELEBRACIÓN DEL AÑO SACERDOTAL (2009-2010)



MI EXPERIENCIA SACERDOTAL EN LA COMPAÑÍA DE MARÍA

Lucio Bezana

Javier Jáuregui

MI EXPERIENCIA COMO SACERDOTE EN LA COMPAÑÍA DE MARÍA

Lucio Bezana, sm

En mi caso la vocación sacerdotal fue posterior a la marianista y surgió dentro de la vida religiosa marianista. Hasta el curso anterior a la profesión de votos definitivos no me planteé la posibilidad de ser sacerdote.

La ocasión de plantearme la posible llamada al ministerio sacerdotal fue lo que nuestra Regla de Vida pide en el artículo 88: “en el momento de la profesión perpetua se decide sobre el estado del religioso como laico o sacerdote”. Yo en ese momento vivía contento mi consagración a Dios como religioso marianista y no sentía que me faltara algo que el sacerdocio pudiera darme. Asumía de muy buen grado el artículo 6.13 de la RV que dice que “la Compañía de María se esfuerza en discernir con cada uno de los religiosos la llamada propia que ha recibido del Señor. Teniendo en cuenta las necesidades de las Provincias y de las comunidades y las cualidades y los deseos de los individuos, prepara a sus religiosos según su vocación dentro de la Compañía”. Tenía claro que el ministerio sacerdotal era un servicio a la Provincia y a la Iglesia y un modo de vivir la vocación religiosa marianista.

¿Qué me llevó a pedir el sacerdocio? Varias fueron las razones. El hecho de que no hubiera desechado la posibilidad de serlo dentro de la Compañía era quizá un indicio. Más fuerza tuvo que en el ejercicio del apostolado me parecía sentir más atractivo y vibraba más con ministerios quizá más de tipo sacerdotal que de tipo laical: el anuncio de la Palabra, interés por colaborar para que muchas personas se encontraran con Dios, los ejercicios espirituales, las clases de religión... En las comunidades de vida activa anteriores a este discernimiento colaboré y compartí mucho trabajo con algunos marianistas sacerdotes como el P. Luis Castro en Cádiz y el P. José María Ruiz en Orcasitas que me mostraron un ejercicio del sacerdocio de una entrega extraordinaria y vivido muy gozosamente. El hecho de que los miembros de la comunidad sí lo veían fue otro punto que tuve en cuenta.

Cuando pedí los votos perpetuos expresé estas reflexiones y me sentía muy libre para que fueran mis hermanos y los superiores los que valorando mis cualidades para dicho ministerio y la necesidad de la Provincia tomaran una decisión. Estaba convencido de que su respuesta, la que fuera, era la voluntad de Dios y la que estaba por encima de mis deseos.

A lo largo de la formación y los años que llevo de sacerdote me he ido dando cuenta de que más que realizar unas tareas sacerdotales, uno es sacerdote siempre, en todo momento y en toda circunstancia; cualquier gesto, palabra, la forma de estar, la actitud y en definitiva toda la persona habla y es signo. En muchas ocasiones he sentido que así lo vivían

también muchas personas que se han relacionado conmigo sabedoras de que era sacerdote. Vivir el ser sacerdote desde esta clave ayuda a relativizar la importancia que, a veces, se da al hacer cosas y a integrar las debilidades y limitaciones no como obstáculos sino como realidades a través de las cuales el Señor también actúa y comunica su gracia.

He tenido la suerte de desarrollar el ministerio en el campo de la pastoral educativa y en el de la pastoral parroquial al mismo tiempo. Ha sido y es un enriquecimiento y complemento y una ocasión para vivir y ejercer diversas dimensiones del sacerdocio. Tanto en Jerez como en Carabanchel donde tenemos colegio y parroquia, como en La Línea donde trabajé en la Escuela de Magisterio y la parroquia, me han posibilitado muchas experiencias y una actividad sacerdotal muy intensa.

Me estrené de cura en Jerez como capellán del colegio de EGB y la experiencia con los niños pequeños, tan abiertos y dispuestos a acoger a Jesús, me hizo volcarme y gozar en anunciar la Palabra y ofrecer a Jesús como alimento y como Aquel que sana y reconcilia.

La responsabilidad de párroco durante quince años me ha permitido predicar la Palabra explícitamente todos los días y en varios momentos del día y así poder comunicar y compartir lo que uno siente como la alegría mayor y que da sentido a mi vida, la persona, vida y mensaje de Jesús.

Presidir el sacramento de la Eucaristía de manera habitual me ha hecho vivir la misa disfrutando de algunas dimensiones que antes no había descubierto y vivido; la vivencia de la eucaristía ha sido siempre un motivo y una riqueza para mi vida espiritual y una constatación de la acción de la gracia del Espíritu que actúa más allá de las limitaciones nuestras. Las veces que he tenido que celebrar varias misas al día por motivos pastorales tuve la suerte de poder vivirlas todas con una cierta devoción y un espíritu religioso aceptable. La celebración con seglares para los que la misa era una fiesta y era vital para su vida cotidiana me ha hecho mucho bien.

El confesionario me ha hecho tocar profundamente el misterio del ser humano y de Dios. La realidad de la fragilidad humana y del dolor interior, de la miseria y de la pobreza espiritual, de la búsqueda y del hambre de Dios, del arrepentimiento y de la conversión... se mezclan con la experiencia de un Dios misericordioso y bueno que nos invita y llama a una vida más feliz y más libre de la esclavitud del pecado. Que esta gracia divina se sirva de uno como cauce para llegar al penitente, me ha hecho vivir el ministerio como mero instrumento y simple mediación eclesial.

La presencia en el momento de la muerte de tantos feligreses me ha permitido tocar el sufrimiento y la pena y al mismo tiempo poder ofrecer el consuelo de la fe y de la esperanza cristiana. Han sido ocasiones para llevar el consuelo y la paz que solo puede dar Jesús Resucitado al vacío que deja la persona querida que nos deja.

La celebración de sacramentos en ambientes de religiosidad popular como eran Jerez y La Línea también tiene sus dificultades ya que hay mucha demanda de los mismos por tradición y costumbre y no tanto como consecuencia de una opción de fe y de un camino y vida cristianos. Esto, a veces, lo he vivido con una cierta tensión y malestar y más cuando la asamblea no solo no responde sino que ni tan siquiera rezaba el Padrenuestro y no di-

gamos si en lugar de estar en silencio se ponía a hablar. Estas situaciones he procurado vivirlas como una ocasión para rezar por y en nombre de todos los participantes y como una catequesis de la liturgia. También me ha llevado a ser más humilde y no crearme de una élite religiosa, pues también mi fe es pequeña habiendo tenido más posibilidades que ellos para cultivarla y hacerla crecer.

Otra experiencia de sacerdote ha sido acompañar en el camino espiritual a personas. Más que la ayuda que podía prestar ha sido una oportunidad para escuchar y compartir el camino que uno va haciendo con sus logros y dificultades. Ver el trabajo que va haciendo el Señor y la acción del Espíritu en tantas personas es un enriquecimiento para uno y un estímulo para dejarse llevar más por los caminos del Espíritu.

Los quince años de párroco me han permitido un mayor contacto y trabajo con la Iglesia Diocesana y las parroquias del arciprestazgo.

Contrastar y compartir los proyectos pastorales de diversas comunidades, trabajar en equipo, convivir con el clero diocesano ha sido un enriquecimiento y al mismo tiempo una reafirmación en la riqueza de nuestro carisma para la Iglesia y por tanto una exigencia de ofrecer nuestro carisma marianista a la Iglesia diocesana y arciprestal.

Contrariamente a lo que alguna vez he escuchado, la demanda de los seglares de la parroquia y algunos curas diocesanos con los que yo he trabajado era que ofreciéramos lo específico marianista armonizado con el marco de la pastoral eclesial.

En estos años de sacerdote he descubierto que el sentido eclesial del ministerio tiene más importancia de lo que yo pensaba para los seglares; esto me ha hecho ser más consciente de las repercusiones e incidencia que tiene en la vida personal y comunitaria. Algunas veces exige silencio, otras renunciar a expresar opiniones personales para que queden más claras las de la Iglesia. Cuando una persona acude a ti porque eres sacerdote pidiéndote orientación sobre algún asunto siempre he procurado dar la orientación de la Iglesia aunque también he aplicado muchas veces la realidad concreta de la persona o de la situación que aconsejaba una respuesta pastoral que a veces no coincide con la del Derecho, por ejemplo. El sentido eclesial exige asumir la debilidad de la Iglesia como algo propio y no como cosa de otros; sentir la comunidad parroquial, por ejemplo, como una familia a la que perteneces como uno más, aunque con una tarea determinada, y no como algo de mi propiedad.

Otro elemento de la misión del ministerio es el ser signo de unidad y de comunión para la comunidad, sea la parroquial, marianista, educativa del colegio, de una fraternidad u otra. Aunque no se diga explícitamente he percibido que se espera del sacerdote ser un factor de unidad y comunión. Esta dimensión me ha ayudado a estar más abierto al distinto y diferente, a acoger la diversidad y el pluralismo, a valorar otras formas, espiritualidades, sensibilidad eclesial, etc.

Al interior de la comunidad marianista tengo la sensación de que me ha ocupado mucho menos tiempo y que siempre tuve tiempo para hacer lo que se me demandaba. Siempre tuve claro que debía ser prioritario respecto de otras cosas y por tanto debía estar lo más disponible posible y aceptar todo lo que se me pidiera: eucaristía, acompañamiento espi-

ritual, liturgia, retiros, etc. Respecto de la composición mixta o la relación con los hermanos laicos la he vivido sin ningún problema y dentro de la relación normal entre marianistas.

Termino diciendo que todo lo escrito es una descripción de mi experiencia de los casi 20 años que llevo de sacerdote, de lo que de modo espontáneo ha ido surgiendo. Tengo la sensación que ha habido luces y sombras, aciertos y errores. Siento que el Espíritu ha estado en todo lo bueno que he podido hacer y mi egoísmo en aquello no tan bueno. Todo vivido como marianista. Que María nos siga ayudando a todos a vivir nuestra vocación marianista, cada uno desde su estado laico o sacerdote de manera creativa y fiel.

Lucio Bezana, sm

MI EXPERIENCIA SACERDOTAL EN LA COMPAÑÍA DE MARÍA

Javier Jáuregui, sm

1. El origen de mi vocación marianista

Recuerdo que en el verano del 67, un poco antes de ingresar en el Noviciado de Elorrio, un sacerdote amigo de la familia, de visita en casa, decía a mis padres que insistiera en el Noviciado que quería ser sacerdote. Que era muy importante. Me sonaba como un secreto a tener en cuenta que no había surgido en las conversaciones que había mantenido con los marianistas que me orientaron en el proceso vocacional (Manuel Barbadillo y Agustín Pedrosa).

Mis referencias marianistas en la vida colegial eran religiosos laicos y sacerdotes indistintamente. Valoraba su cercanía, su entusiasmo y, en definitiva, su manera de vivir. Sentía la vocación claramente como una llamada de Jesús a entregarle mi vida sin muchas precisiones. Si Él ha hecho tanto por mí como yo no voy a... La concreción era ser marianista y punto. Así lo vivía con intensidad en los Ejercicios Espirituales del Colegio.

Es verdad que me atraía la liturgia solemne (vivía junto a la Catedral y asistía a muchas celebraciones), me gustaban las celebraciones de la Semana Santa en el Colegio y también las misas sencillas en lo alto del Monte Urgull. La reforma litúrgica del Concilio se estaba abriendo paso y me gustaba todo aquel mundillo que en aquella época estaba en manos casi exclusivamente de los sacerdotes.

2. La formación inicial

Viví el Noviciado con gusto y con intensidad. Diría que viví, como se suele decir ahora, una experiencia fundante: la confianza en Dios, el encuentro con Cristo, la oración personal, la dirección espiritual positiva, sanadora y estimulante, la afición por la lectura espiritual, el gusto por la liturgia, el descubrimiento del silencio, la vivencia de la comunidad, María en la Lumen Gentium... Agradezco al Señor que la formación del Noviciado me introdujo en la vivencia del ser religioso sin ningún tipo de presión ni a favor ni en contra de precisar el estado futuro como marianista laico o sacerdote. El P. Melchor Alegre y el P. José Asenjo contribuyeron estupendamente a esta iniciación a la vida religiosa. La tendencia hacia el sacerdocio me acompañaba y fue fluyendo y fortaleciéndose con espontaneidad.

Tengo que insistir en la formación. Tuve unos estupendos formadores laicos y sacerdotes durante el Escolasticado. Con Luis M^a Lizarraga al frente, la presencia del P. Artadi y Lorenzo de Juan y Diego Sevilla como laicos, ¡lástima de su no perseverancia en la Compañía!, más los buenos párrocos en Santa Cruz se me potenciaron los deseos de una buena formación teológica, el gusto por los estudios bíblicos, los estudios del carisma marianista, la iniciación a la pastoral litúrgica en una parroquia del barrio de las Fuentes... La vida

universitaria (los difíciles años 70), el interés por lo cultural, el teatro, la música, la intensa vida comunitaria con debates de todo tipo...todo contribuyó a fortalecer mi vocación marianista y a ir viendo con claridad mi futura vida sacerdotal. A esto tengo que añadir el 4º año de escolasticado (curso fundamental) que lo viví en unión con los novicios (novedad) en el palacio Larrinaga con Luis M^a Lizarraga como Padre Maestro y Eduardo Fdz. Moscoso como Hermano Maestro.

Con este bagaje formativo afronté mis primeros años de vida activa en Zaragoza en el colegio de Reyes de Aragón: con ilusión y entusiasmo. El P. Salaverri ya en Zaragoza nos enseñaba a preparar las clases de Religión; las nuevas tendencias educativas; el grupo scout, el trato frecuente con los padres, el contacto con los jóvenes mayores del colegio, los ejercicios espirituales con los chicos, la búsqueda de espacios de silencio y oración (monasterio de benedictinas), los conflictos comunitarios de aquellas épocas tumultuosas; todas estas experiencias me fueron preparando a la profesión definitiva con una orientación clara de vida marianista sacerdotal. Y así en 1972 hice los votos perpetuos en la Compañía con la admisión al sacerdocio.

3. Religioso laico

Ya en San Sebastián, el participar en la Escuela de Teología de los jesuitas para laicos, el formar parte de un grupo abierto de religiosos y laicos de la diócesis preocupados por la liturgia viviendo la semana Santa con intensidad y creatividad, la vivencia de encuentros de formación con hermanos de la Provincia de Madrid, la intensidad de la vida colegial, el afrontar deseos de vida comunitaria más intensa y las dificultades y resistencias de la misma comunidad, la cercanía a los mayores del colegio con la preocupación por las vocaciones religiosas... todo me llevaba vivir con intensidad mi ser de marianista. El P. Salaverri (Provincial entonces, 1977) me propone ser hermano Maestro de Novicios junto a Antonio Bringas como padre Maestro, Noviciado conjunto ya con la provincia de Madrid. Dos años de cercanía a los jóvenes candidatos, la dirección espiritual, contacto con personas especializadas en vida religiosa, vida espiritual intensa, formación teológica y bíblica, liturgia cuidada. Independientemente de lo que pude hacer a favor de los novicios fueron aquellos dos años la mejor preparación para iniciar el Seminario.

4. Formación sacerdotal

Aunque fui de los que cerré Friburgo tengo un recuerdo estupendo de mis tres años pasados en el Seminario. Para no alargarme puedo decir que tuve la oportunidad de leer, estudiar, rezar, plantearme temas con seriedad, asistir a cursos en la Universidad que como en todas las cosas hubo de todo, buenos, menos buenos y flojillos. Destaco una muy buena "Cura animarum" por el P. Artadi y una muy buena motivación y ayuda para el estudio del carisma marianista por el P. Eduardo Benlloch. La experiencia de Friburgo ha sido un lujo que nunca agradeceré bastante a la Compañía de María. ¿Qué echo en falta? (Pero a posteriori, porque en el momento no lo sentí como déficit) Una preparación más intensa para ser guía en la vida espiritual y lo que hoy llamamos una formación para vivir la espiritualidad sacerdotal.

5. Mi vida sacerdotal

He cumplido ya los 25 años de sacerdote marianista. Me ordené en agosto del 82. Siempre me he sentido primero marianista y luego sacerdote. No he tenido nunca tarjetas de visita. Pero si tuviera que añadir algo a mi nombre pondría marianista sacerdote y no sacerdote marianista.

Reconozco que he vivido el sacerdocio efectivamente como un servicio a la comunidad, a la Familia Marianista y a la misión colegial. Pero, y de esto voy tomando conciencia en estos últimos años, este servicio me ha hecho vivir el sacerdocio como tarea, como trabajo. Preparar charlas, celebraciones, predicaciones, ejercicios espirituales...con la tensión que proporciona querer hacer las cosas lo mejor posible. Y esto añadido a los trabajos de educador como tutor, profesor. ¿A dónde quiero llegar? No es cuestión de hacerme la víctima por vivir con un trabajo excesivo. Que no lo es. Echo en falta un disfrutar del don del sacerdocio, un vivir la espiritualidad sacerdotal. Desde dentro. Vivir del Sacramento. Es verdad que todavía no sé cómo se hace o en realidad en qué consiste y si me explico en lo que quiero decir.

Últimamente, a partir de mis 25 años de sacerdocio, me aparece con frecuencia esta cuestión. Vivir la espiritualidad de la Eucaristía, vivir la espiritualidad de la predicación de la Palabra, vivir la espiritualidad de la entrega y del servicio. Lo reflejo en mi plan personal de vida. Lo veo vivido en algunos hermanos sacerdotes con los que convivo.

Y encuentro que algo me falta. Se trataría de vivir el sacerdocio más desde dentro y no solamente hacia fuera. Este es mi reto. No sé si es posible vivir lo que estoy planteando. Pero esa es ahora mi inquietud. Tengo, si Dios quiere, años por delante para ir profundizando en mi espiritualidad sacerdotal.

6. Conclusión

Este año Sacerdotal me he propuesto leer, y lo estoy haciendo, las homilías y los mensajes del Papa sobre este tema. Supongo que aparecerán libros interesantes sobre la cuestión. Quiero aprovechar los encuentros que se organicen, lo que vaya surgiendo para ayudarme en esta tarea. Estoy dispuesto a acoger las sugerencias que puedan surgir de otras experiencias que se vayan publicando en este medio de comunicación y las que me brinden hermanos al leer la mía.

Esta es la razón por la que respondí enseguida al ofrecimiento del Provincial a contar mi experiencia sacerdotal. Sé que es poca cosa, que poco puede ayudar pero lo hice más por mí, para que, al repasar mi historia, pueda encontrar, en mí mismo y en los demás, ayudas para vivir el don de mi vocación marianista y sacerdotal con mayor plenitud.

Javier Jáuregui, sm